

MÓNICA PARRAMÓN PONZ



LAS CARTAS DE ÁGREDA



CAPÍTULO 1

Las campanas de Madrid

I

Mi padre, el joven infante Felipe, estaba disputando una partida de naipes con cuatro nobles en el Alcázar Real. Parecía que, en esa partida, que habían acordado celebrar de buena mañana, la suerte estaba de su parte. Estaba a punto de ganar si su compañero de la derecha no le sorprendía con alguna carta inesperada. Acarició el borde de sus naipes tratando de disimular su gesto de triunfo. Si ganaba, les invitaría a almorzar a todos, para que no se fueran pesarosos del Alcázar. Le gustaban mucho aquellos compañeros de juego.

Se oyeron unos pasos firmes por el pasillo que conducía a la estancia. Se abrió la puerta de par en par, y un grave Baltasar de Zúñiga, sin haber tocado previamente con los nudillos, como era lo correcto, anunció:

—Señor, le debo decir que su padre, el rey Felipe Tercero, acaba de fallecer.

—¿Cómo dice, don Baltasar? ¿Que mi padre...? ¿Fallecido dice? —respondió el joven príncipe, mientras se ponía de pie, con sus manos apoyadas en la mesa.

Acababa de recibir la noticia más inesperada para él. Su vida desde aquel momento iba a cambiar drásticamente. Lo sé bien, porque yo mismo fuí preparado para reinar; aunque no tuve la

suerte de poder hacerlo. Sin embargo, nunca he descuidado los asuntos de la Corte, y hoy me complace poder contarlos desde ese lugar celestial del que todo el mundo habla, pero nadie sabe dónde está. ¿Quién mejor que yo, el etéreo Baltasar Carlos, para relatar la vida de mi padre?

Don Felipe dirigió una mirada interrogante a sus compañeros de juego, que tampoco esperaban una interrupción con tamaña noticia. Dejó sus cartas boca arriba, abandonando su buena jugada. Volvió la mirada a don Baltasar, que permanecía en la puerta, sin entrar en la estancia, con un gesto profundamente compungido. Se notaba que sentía una gran emoción con la noticia que estaba transmitiendo.

—¡Diga, señor Zúñiga, por Dios! ¿Qué ha pasado? —preguntó con apenas un hilo de voz.

El ayo y tutor del príncipe heredero traspasó, entonces, el umbral de la puerta apenas un par de pasos hacia adelante, para referirle la información solicitada.

—Las fiebres que, como sabe, le acechaban estos días, han terminado con su vida. Ha sufrido un ataque de erisipela, Alteza.

Don Felipe, que estaba intentando asimilar lo que iba oyendo, mostraba un semblante inexpresivo. Su mirada parecía perdida. Todos aguardaban que se pronunciara antes de expresar sus condolencias, como correspondía. Sin duda le creían invadido por una gran desolación de golpe. El momento se estaba haciendo incómodo para todos. El ayo no se movía de su posición. Quizás el rey estuviera esperando un abrazo de consuelo de su parte. Ninguno de los que allí estaban se atrevía a hacer el más mínimo gesto. El príncipe mantenía su mirada a ninguna parte.

Para alivio de todos, se dejó caer pesadamente en su silla y comenzó a hablar, por fin.

—Mi padre... —dijo sin levantar la mirada del suelo— ...hace poco estuvo enfermo de fiebres, ustedes lo recordarán.

—Cierto es —se atrevió a decir uno de los jugadores—. El rey tiene... tenía a menudo esas dolencias desde que volvió de Portugal, hace año y medio.

—Sí, es cierto, desde entonces se ha sentido indispuesto en numerosas ocasiones, y ha faltado a nuestras citas de naipes varias veces —dijo otro.

—Ya, pero en esta última ocasión —continuó el príncipe Felipe—, como digo, hace un mes más o menos, cuando llevaba dos o tres días convaleciente, me hizo llamar a su habitación. Le iban a practicar una sangría y se encontraba esperando a los galenos. Me mandó sentar en cuanto entré —mi padre paró su relato, como juntando los recuerdos que le iban viniendo a la memoria—. El rey Felipe III estaba con un semblante realmente preocupado. Al preguntarle el motivo, me contó que, en el mes anterior, su tía sor Margarita le había hecho llamar al convento de las Descalzas Reales. Puesto que sor Margarita era una tía tan querida para él y, en numerosas ocasiones, su acertada consejera, siempre estaba atento a cumplir sus solicitudes. Además, por la proximidad de las Descalzas Reales a nuestro Alcázar, él iba a menudo a visitarla, como quizás sepan. Solo le ponía la condición de no ser recibido en la salita donde está el cráneo de Santa Cecilia, que tanta intranquilidad le despertaba... le despertaba —al corregirse se le quebró la voz. Volvió a hacer una pausa en medio del silencio del grupo. Tragó saliva y prosiguió—. Según me refirió mi docto padre, ese día, sor Margarita no hizo ningún caso a su petición y le recibió precisamente allí, bajo la vigilancia de ese inquietante cráneo, le hizo, sin muchos rodeos, un anuncio que no esperaba —don Felipe volvió a parar su relato. Todos aguardaron a que el príncipe prosiguiera—. Mi tía abuela anunció al rey su pronta muerte.

Un leve murmullo se extendió por la habitación, y un escalofrío recorrió el cuerpo de todos los compañeros de juego.

—¿Su pronta muerte? Me pone usted los pelos de punta, don Felipe —dijo uno de ellos.

—La misma sensación que a mí me dejó, ciertamente, cuando me lo contó, que, cristiana y humanamente, tengo yo ahora, don Nicolás —contestó el heredero abrazándose los codos con ambas manos—. Su muerte, según le dijo sor Margarita, iba a ocurrir en este mismo año del Señor en el que estamos. Por ello le mandó llamar, para recomendarle que tuviera todo bien dispuesto para cuando él faltara.

—¿Y vuestro padre qué le contestó?

—Eso mismo le pregunté yo, temblando, ese día. Desgraciadamente, no logro acordarme exactamente de su respuesta, ¡lástima que se me haya olvidado! Lo que sí recuerdo es que mi padre no le hizo ningún caso y casi se mofaba de ello. El rey, con sus cuarenta y tres años, tenía muchas aficiones, como saben, no me refiero solo a las fiestas, a sus jornadas de caza —el joven Felipe hablaba con bastante orgullo de su padre, mientras comenzaba a enumerar todas aquellas cosas que sus compañeros de juego bien sabían—, a la cría de caballos, a la danza...

—Cierto, Alteza, y a la música, en general —apuntó uno de los jugadores.

—Y, sobre todo —siguió relatando el príncipe—, el rey no pensaba en la muerte, y no quería pensar en ella ni por lo más remoto. Además, él me vino a afirmar que con todas las misas, sermones y oraciones que hacíamos en el Alcázar, gozaba de la protección del Altísimo.

—Ese sería su pensamiento; pero seguramente, al encontrarse tan indispuerto con las fiebres, le debió entrar algo de miedo —dijo uno.

—Sí, y por eso se lo terminó contando, don Felipe. Puede que, en el fondo, sí tuviera en cuenta las palabras de su tía, cuando quiso compartirlas con usted —afirmó otro.

—Puede. Y puede también que fuera por pura superstición. Sin embargo, como bien saben, de aquellas fiebres y con la sangría

que le hicieron los galenos, el rey se recuperó enseguida. Por ello, tengo que reconocer que yo, al menos, había olvidado completamente este vaticinio.

—Pues parece ser que sor Margarita de la Cruz y Austria, desgraciadamente, no se equivocó —dijo uno de los nobles—. Le acompaño en el sentimiento —se oyó por fin.

—Lo siento mucho, señor —dijo otro.

—Todos lo sentimos, Alteza —dijeron casi a la vez los otros dos nobles.

—Dígame si necesita que le ayude —interrumpió el ayo—. Le esperan ya en la habitación de su padre. Le ruego que asista con vestimenta ceremonial.

—Prosigan ustedes con la partida, por favor —pidió el príncipe a sus compañeros de mesa—. Nos vemos la semana que viene a la misma hora —dijo, sin sopesar la conveniencia de esa invitación.

Don Felipe abandonó la sala y se dirigió a su habitación, seguido de su fiel tutor don Baltasar, que le acompañó hasta el umbral de la misma.

—¿Necesita que le ayuden?

—Gracias, don Baltasar, prefiero vestirme solo.

—Por favor, llámeme si precisa algo —dijo mientras el infante cerraba la puerta y lo dejaba tranquilo para que pudiera asimilar la noticia que acababa de recibir. Bien sabía don Baltasar que la muerte de su padre era un duro golpe para el joven príncipe.

II

El heredero, el príncipe de Asturias, mi querido y joven padre, dio muchas vueltas por todo su cuarto antes de elegir las prendas con las que iba a vestirse para ir a la habitación de su recién fallecido progenitor.

De repente, toda su vida pasada le fue viniendo a su confusa cabeza. Una vida que ya vislumbraba diferente a partir de ese día. Se sentó en la cama y apoyó la cabeza en las manos. Todo le daba vueltas. Cientos de imágenes se le agolpaban en la mente. Seguía sin poder llorar.

Desde pequeño, todos los asuntos de su vida habían sido dictados por otros. Nunca se había tenido que ocupar de nada. Mis abuelos, don Felipe y doña Margarita, lo habían hecho por él. Con apenas tres años había sido jurado como príncipe y heredero en la iglesia del Monasterio de San Jerónimo el Real, luego, a la edad de seis años, sus padres, como era la costumbre de todos los reyes europeos, habían acordado ya su matrimonio. Su prometida era doña Isabel de Borbón, hija del rey francés Enrique IV y de María de Médici, elegida entre varias candidatas, por permitir sellar una alianza matrimonial con Francia, nuestro país vecino y, largamente, nuestro pertinaz enemigo.

A mi padre le casaron por poderes, por lo que tardó un tiempo en conocer a la esposa que le habían buscado. Cuando vio a mi madre por primera vez, se enamoró perdidamente de ella, por su precoz belleza y elegancia. Por eso, estos pactos le habían parecido muy acertados, aunque apenas había cumplido diez años y mi madre doce. En ese momento, él no era conocedor de ningún asunto de la corte, que estaba en manos de Felipe III y de su ambicioso valido, el duque de Lerma. Aún no era el momento. Aunque tenía muchas horas de lectura y estudio, a mi padre le gustaba divertirse y, sobre todo, intentaba que le dejaran consumir su matrimonio lo antes posible. Sin embargo, esto no ocurrió pronto. No fue de su agrado todos los años que le hicieron esperar. Él lo manifestaba con constantes quejas:

—No entiendo por qué no me dejáis ver a doña Isabel, mi mujer —decía, enfatizando mucho el posesivo.

—Debe usted esperar, Alteza, a que su padre lo autorice —le indicaba el recto tutor, que a veces no encontraba argumentos posibles para el ansioso príncipe.

Debía reconocer que su gusto por el placer de la carne se le había despertado desde temprano y era muy evidente. No era de extrañar que, a finales de noviembre de mil seiscientos veinte, cuando el príncipe Felipe tenía ya quince años cumplidos y, por fin, había cesado la obligación de estar en estrecha vigilancia y su imposición de dormir en habitaciones separadas, corriera desesperado a hacer lo que tanto tiempo llevaba esperando. Fruto de sus primeros encuentros, mi madre quedó encinta. Por eso, en el momento de anunciarle la muerte del rey, mi padre, a punto de cumplir dieciséis años, sabía que estaba esperando su primer descendiente, y a doña Isabel se le evidenciaba un discreto vientre.

Con todo, él no se encontraba preparado para gobernar unos territorios tan extensos como los que España tenía a uno y otro lado del Atlántico, menos aún para hacer frente a las numerosas guerras, como las que había mantenido mi bisabuelo, el rey Felipe II. Él era más del talante de mi abuelo, que había ido logrando esquivar las contiendas y tener una política menos belicosa. En breve, se convertiría en Felipe IV, no solo eso, sino que (él no se lo podía ni imaginar) iba a ser el monarca que más años llevaría la corona de rey de entre todos los Austrias.

Se oyeron unos pasos firmes aproximándose por el corredor del Alcázar Real. Golpearon en la puerta con vehemencia.

—Alteza, ¿da su permiso? —se oyó una potente voz desde el otro lado.

El príncipe salió de sus pensamientos súbitamente, pero no contestó a tiempo al corpulento hombre vestido de oscuro, con la sobriedad que requería su cargo de gentilhomme de cámara, que afirmaba para sus adentros que sólo España y él mismo sabían lo que convenía a este reino, y era tener cuanto antes un rey a la altura de ese gran imperio.

Se abrió la puerta.

—Disculpe, señor, ¿va todo bien?

El dubitativo príncipe no contesto nada, solo le miró. El que se había permitido abrir sin permiso la puerta del infante era el conde de Olivares, don Gaspar de Guzmán y Pimentel, el que más confianza despertaba a mi padre de cuantos le rodeaban. Don Gaspar había sido nombrado gentilhombre de su cámara unos meses después de su boda. Era un hombre seguro de sí mismo y dispuesto a servir a mi padre fielmente, para restaurar la grandeza de España; pues así aumentaría, en la misma medida, su prestigio.

—Don Felipe, le esperan en la habitación de su padre.

—Lo sé; muchas gracias, don Gaspar. Solo tengo que terminar de cambiarme.

—¿Necesita ayuda? —dijo tendiéndole una camisa, sin esperar a que el príncipe se la pidiera—. ¿Aviso al sumiller de corps?

—No, no es necesario que llame al señor Uceda. Prefiero vestirme solo. Vaya a anunciarme, por favor. Llegaré en unos minutos.

En ese momento se empezó a escuchar un sonido de campanas, cuyos repiqueteos anunciaban el luctuoso acontecimiento. Ambos guardaron silencio al oír el sonido metálico colándose por las paredes del Alcázar y resonando en lo más profundo de su ser. Don Felipe se encogió y apretó sus puños contra sus costillas. Enseguida se fueron oyendo otros campanarios de iglesias de Madrid próximas al Alcázar. El príncipe sintió un escalofrío.

—¿Está bien, Alteza? —preguntó el conde.

—Ahora mismo no puedo contestarle, don Gaspar —dijo, mirándole, con los hombros algo caídos.

—Lo entiendo, señor. Lamento grandemente la pérdida de tan devoto rey.

Hizo una breve pausa. Miró a mi padre, que seguía con su mirada casi inexpresiva, pero en una postura que mostraba gran abatimiento. Avanzó hacia él y se atrevió a poner sus manos en sus hombros, esbozando un discreto abrazo. El príncipe no lo rechazó.

El conde de Olivares notó que el joven relajaba su tenso cuerpo. El gesto era sentido. Estoy seguro de que el conde apreciaba en ese momento a mi padre, y ya le había perdonado las humillaciones públicas a las él, antaño, le había sometido, cuando el conde no le resultaba agradable. Olivares poco a poco se había ido ganando su afecto y su familiaridad. Ese momento era buena prueba de ello. Mantuvo un rato la misma posición. Entendió que, para el despreocupado príncipe, que no estaba muy al tanto de los asuntos de palacio, la muerte de mi abuelo fuera un golpe inesperado. Parecía, incluso, que iba a romper a llorar; aunque mi padre no lo hizo. En su lugar, volvió a tensarse, como marcaba su regia educación. Don Gaspar de Guzmán se separó.

—Vamos, don Felipe, asuma que Vuestra Majestad nació para obrar, no para contemplar. Termine de recomponerse, y vístase como y cuando usted disponga; pero sea diligente. El capellán le está aguardando en las habitaciones de su padre.

El conde salió de la habitación y volvió a dejar a mi progenitor solo con sus pensamientos. Se dirigió hacia las habitaciones reales atravesando una serie de galerías y antecámaras decoradas con muebles y tapices, tan de su gusto.

Mi padre estaba, en realidad, aterrado. No sabía cómo iba a hacer, no se imaginaba cómo iba a ser su vida en adelante. Había rechazado la ayuda para vestirse precisamente para poder estar, de nuevo, a solas en la habitación. Huérfano de madre desde los seis años y ahora sin padre a los quince, con su mujer embarazada, aún en camino de formar su propia familia, no se encontraba suficientemente preparado para gobernar el país; ni siquiera su casa, ni siquiera a sí mismo. Necesitaba vivamente el consuelo espiritual de ese Dios que, ese día, parecía haberle abandonado. En ese momento, por fin, rompió a llorar. Se arrodilló a los pies de la cama y juntó sus manos:

—Dios mío, ayúdeme. El miedo me invade. Dígame qué debo hacer. Obedecerle será mi mayor mando.

Con la frente apoyada en sus entrelazadas manos, dejó que sus pensamientos se ordenaran. Pronto tuvo la primera respuesta. El aprecio y la confianza que tenía mi padre al conde de Olivares, le permitía saber que podía descansar sobre él todo el peso de lo que se le venía encima, y pensar que contaba con su voluntariosa ayuda.

El interfecto, que para entonces no había sacado aún todo su carácter, iba a aprovechar largamente esa circunstancia.

III

A mi abuelo, el rey Felipe III, le hicieron diversas misas y vigili-
as por su descanso perpetuo, con actos solemnes, como correspon-
día. Le prepararon una cruz con Nuestra Señora de Guadalupe. Después, fue llevado al convento real de San Lorenzo de El Escorial para depositar su cuerpo hasta la resurrección universal de los muertos.

El conde de Olivares encargó escribir las exequias a la Universidad de Salamanca.

*Con muerte presurosa
viendo a su Rey Filipo arrebatado,
Salamanca llorosa
le à fúnebres oficios dedicado,
de la parca se queja,
que tan presto en dolor a todos deja³*

³ Exequias, tumulto y pompa funeral que la Universidad de Salamanca hizo en la honra de Felipe III. Disponible en la Biblioteca Digital de Castilla y León, <https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.do?id=13349> [7/03/2024]